

## Una historia de Iberoamérica

Jorge Coscia\*

Muy buenos días. Agradezco haber sido elegido para participar de un grupo tan notable y, fundamentalmente, de un proyecto tan imprescindible. Quiero aportar una perspectiva en particular. Esta primera Cumbre de Jóvenes Iberoamericanos tiene como consigna construir futuro y ésta es, evidentemente, una tarea particularmente ambiciosa, ya que hace cinco siglos que Iberoamérica viene detrás de esta empresa de construir un futuro en la integración. Por supuesto, uno puede plantearse el futuro desde lo individual, desde lo particular, desde estas más de veinte particularidades que conforman hoy Iberoamérica; o puede plantearse—como lo hace esta cumbre—un proyecto conjunto, en una era en la que las grandes asociaciones de países ponen en contradicción el viejo sistema de las nacionalidades y de las particularidades regionales, surgidas de la aparición del capitalismo y de la extinción del modelo feudal. De manera tal que hoy los grandes conglomerados de proyectos son los que, en definitiva, se disputan el poder en el mundo.

La perspectiva desde la cual yo quiero tratar de aportar a este saludable proyecto tiene que ver con que, para mí, para construir futuro se ha de conocer el pasado. No podrá haber ninguna buena construcción de lo que vendrá sin conocer, sin discutir, sin reflexionar acerca de dónde venimos. Un pueblo sin memoria se extravía, las comunidades sin memoria pierden y, hoy precisamente, este particular desarrollo de los medios de comunicación tiene un lado negativo: el exceso de comunicación incomunica. Umberto Eco subrayaba, hace muy pocos días, que uno de los problemas de Internet es la lectura caótica, el exceso de disponibilidad de mensajes y de contenidos, que produce una suerte de caos en el proceso de absorción de la información donde es muy difícil seleccionar qué es

---

\* Jorge Edmundo Coscia es diputado de la Nación argentina. Discurso pronunciado el 27 de octubre de 2006, en el edificio central de Correos de Buenos Aires, con ocasión de la I Cumbre de Jóvenes Iberoamericanos.

necesario saber, qué es necesario conocer para, en definitiva, entender el presente y el futuro. Esto es central, ya que lo que es una formidable herramienta de integración puede ser también una formidable herramienta de confusión y de incomunicación si no hay un proyecto, si no hay un orden y un plan ideológico que priorice el conocimiento del origen del pasado para entender de dónde venimos, para entender qué nos pasó—que es la clave de lo que nos pasa y de lo que nos va a pasar—, ya que lo que nos va a pasar surgirá, necesariamente, del proceso que hagamos en nuestra historia. Esto, que vale para las naciones, también vale para los individuos. Cualquier persona que llega con su crisis a una terapia al principio va a hablar de lo que le acaba de pasar pero, si profundiza en la reflexión y el análisis, va a tener que reconstruir su propia historia, la historia de su familia, la historia de lo que, en definitiva, lo determina y lo sigue determinando. El discurso de Marx, por ejemplo, que es el que introduce la Ciencia Histórica, está repleto de menciones a lo espectral. Marx siempre habla de los espectros, de los fantasmas, de los muertos. «El espectro del comunismo recorre Europa», dice en el *Manifiesto comunista*; dice: «los muertos pesan sobre la cabeza de los vivos». Marx, fundador de la Ciencia Histórica, del concepto de la Historia como centro del pensamiento filosófico, comprende claramente el valor de la comprensión de la Historia para determinar las políticas presentes. Esto, por supuesto, nos lleva directamente a entender cuál es nuestra historia, la historia de Suramérica—y quédense tranquilos, que no voy a contarles la historia de Suramérica, porque necesitaría varios meses tan sólo para el prólogo—.

De manera tal que he elegido una suerte de objetivo para el día de hoy, que es tratar de despertar, de acicatear, lo que seguramente el mundo ya tiene, que es el interés por la comprensión de nuestra historia. La historia de Iberoamérica es algo maravilloso, un yacimiento formidable para abordar el proceso de integración. Hay que conocerla, pero no se trata de informarse de cualquier modo. Lo más difícil es el criterio de selección y las opciones que uno toma para obtener, reconstruir, conformar una historia que sea, no diría que una historia verdadera—porque nunca hay una historia absolutamente verdadera—, sino una historia que nos conviene, que es la historia que eligen los pueblos. Por supuesto, está

la Historia, pero también está la política de la Historia, que es, en definitiva, el modo en que la Historia se utiliza para determinados fines. Y así como nosotros tenemos fines para la integración, existen también fines para sistemas desintegrados, y no es casualidad que hoy estos fines tengan un enorme poder comunicacional y cuenten con señales de televisión, cable, revistas y medios para darnos una visión que hasta pone en duda el descubrimiento de América—hasta eso nos quieren quitar. Nos han quitado muchas cosas y nos las siguen quitando, y una de las cosas que nos quieren arrebatar es nuestro origen iberoamericano. Muchas veces lo hacen con un discurso progresista y esto también es una política de la Historia—.

Hoy se habló de la Unión Europea y a mí me gustaría señalar una metáfora para comprender esto que somos. Cuando uno toma un avión en Madrid y vuela hacia el Oriente, a la hora de vuelo ya está sobre un país que habla un idioma distinto; si vuela durante ocho horas va a atravesar una docena de idiomas. Si uno toma un avión en Buenos Aires y vuela ocho horas hacia el Norte, cuando baje del avión y llegue a Panamá o México le van a decir: «buenos días, ¿cómo está usted?»; si vuela a Europa, después de las once horas que los argentinos tenemos para llegar a Madrid, también le van a decir: «buenos días, ¿cómo está usted?». Esto es algo formidable, ahora, Europa, con esta diversidad que tiene, que conforma una enorme riqueza cultural, es, curiosamente, una desintegración unificada, es decir, una comunidad de países, naciones y culturas que han logrado la unidad en la diversidad, una diversidad enorme. Mientras que nosotros, ¿qué somos? Nosotros somos una unidad desintegrada.

Entonces, ¿Qué nos pasó?, ¿qué es lo que ocurrió? La respuesta a esta pregunta es central, porque no puede haber construcción de futuro, ni construcción de integración, sin responder a la pregunta de qué ocurrió para que nuestra unidad se desintegrara. Porque estamos en una tarea de restauración y de reparación, no estamos en una tarea de invención. No estamos inventando. Los europeos, para encontrar un origen común, tienen que remontarse a los celtas, si no, la suya es una historia donde confluyen invasiones bárbaras, visigodos, ostrogodos, latinos, pueblos de Oriente... hasta Gengis Kan está en las raíces de ese origen diverso. En nuestro caso, sin embargo, hay un origen común.

Entonces yo voy a decir tres o cuatro anécdotas, que son como piezas sueltas, fragmentos incompletos de un rompecabezas que invito a los aquí presentes a que armen y a que busquen las otras piezas para completar ese «qué nos pasó», esa historia de los iberoamericanos que nos llevó a este punto de partida que, en definitiva, no es el primero sino que es el nuevo punto de partida que otros ya habían emprendido.

Primero, nuestra independencia, la independencia de los latinoamericanos. La bandera argentina. Muchos hablan y dicen que la bandera argentina está tomada de los colores del cielo. La verdad es que es cierto que se distinguen los colores del cielo, pero Belgrano, que fue su creador, no la tomó del cielo. Como bien puede averiguar cualquiera que visite el museo del Prado y vaya a la sala donde están los cuadros que pintara Goya de la familia real, los colores del cielo también están en el torso amplio de Carlos IV y de Fernando VII. Belgrano tomó unos colores que son los colores de la familia real borbónica, porque desde la Independencia, por la cual pelea Belgrano, ésta tiene un carácter simbólico. Vamos entonces a tender un puente desde este lado hacia allí: ¿Qué es lo que ocurría en España y por qué Belgrano elige los colores del cielo, que son los que ya había elegido la familia real borbónica?

España había sido invadida por Napoleón. La Revolución francesa, de alguna manera transformada en Imperio, había invadido España y había sometido al pueblo español. Ante esto, lo que se plantean los americanos a lo largo y ancho de América latina, mientras en España se forman Juntas en Sevilla y en Cádiz porque está preso el rey Fernando VII, es que la consigna de la independencia sea «Juntas como en España». Se forman Juntas porque impera, en la pelea contra Napoleón, un profundo espíritu democrático y liberal, que es el que algunos pueblos sienten cuando prueban el amargo sabor de la invasión. Los españoles, que habían dominado América, que la habían conquistado—como decía Neruda, se llevaron el oro pero nos dejaron las palabras—, habían conformado un formidable y complejo conglomerado cultural que aún perdura, pero habían impuesto también un imperio.

Y es así, cuando se reúne la Junta Central, que viaja un delegado que se llama el Inca Dionisio Yupanqui. Los liberales españoles, considerando América como parte del Imperio, convocan delegados americanos

y allí es donde el Inca Dionisio Yupanqui—a quien le decían el Inca porque era descendiente de los reyes incaicos—que vivía en Perú, se da cuenta, comprende, que a los españoles les preocupa mucho más la pelea contra Napoleón que trasladar a América el espíritu de libertad que comienza a inspirar a España. No están preocupados por la libertad y la independencia americanas, sino por la libertad del pueblo español. Aquí el Inca Yupanqui dice una palabra que debe ser orientadora, ya que ilumina el pasado en relación con la construcción de un proyecto integrador; una palabra que tiene que ver con la equidad, que dice que ninguna integración puede ser construida desde hegemonías de ningún tipo. El Inca Yupanqui les dice a los diputados españoles: «un pueblo que oprime a otro no merece ser libre».

Fue profético. En 1812 se aprueba en España la Constitución de Cádiz, pero la constitución liberal vuelve a impedir el proyecto de independencia en América, que se da conjuntamente con el proceso doloroso y heroico que el pueblo español libra para expulsar al invasor. Acá hay lecciones formidables, uno se pregunta para qué nos sirve esto, por qué mirar hacia atrás. Porque el que no mira hacia atrás comete los mismos errores. La constitución liberal de 1812 no prospera. España se pierde un proceso de reforma como el que habían tenido muchos otros países; retrasa su historia dolorosamente porque no comprende la necesidad de mantener intacto el conglomerado de la integración que incluye a esa formidable traslación que ha hecho de lo ibérico hacia el nuevo imperio. De modo que no pierden sólo los americanos. Mientras, los americanos siguen peleando por su independencia. Pelean en primer lugar contra el absolutismo. No se plantean la separación de España; consideran que su proceso de independencia no excluye a España. San Martín es un ejemplo también de esto. En 1820, Fernando VII—que ha vuelto al trono y ha fusilado a todos los generales liberales que lucharon por la independencia de España—impone un nuevo poder oscuro y absoluto y, por supuesto, prepara una invasión para destruir y derrocar definitivamente el proceso de independencia iberoamericana. El ejército que se prepara para la represión se subleva. Un general liberal, Riego, encabeza la sublevación.

Por aquel entonces, en América se libraba la pelea por la independencia en dos frentes, uno en el norte, con Bolívar, y otro cerca del Perú,

con el general San Martín. San Martín, enterado de la sublevación de Riego y de que se restaura la constitución liberal de 1812 en España, se reúne con el Virrey de la Serna, y en este encuentro dice: «Considero éste como uno de los días más felices de mi vida. He venido al Perú, en los márgenes del Plata, no a derramar sangre, sino a fundar la libertad y los derechos de que la misma metrópoli ha hecho alarde al proclamar la Constitución del año 1812, que vuestra excelencia y sus generales defendieron. Los liberales del mundo son hermanos en todas partes». San Martín propone allí designar a una Junta Gubernativa, integrada por el Virrey y por él, para pedirle al Rey de España que envíe un infante de su dinastía para reinar sobre el Perú.

Son botones de muestra, señales claras de que ha habido, desde largo tiempo, una voluntad integradora esencialmente iberoamericana. Pero, ¿qué pasó después de esto? Los ejércitos patriotas, encabezados principalmente por Simón Bolívar, terminan la tarea de la independencia de América latina en la batalla de Ayacucho, en la que pelean oficiales que no se consideraban de repúblicas. Bolívar y San Martín no se pensaban como venezolanos o argentinos, se pensaban como una nación, que era Latinoamérica. En definitiva, ésa era la integración que se había construido durante cuatro siglos y que se consideraba iberoamericana, indoamericana, latinoamericana. En la batalla de Ayacucho, el punto culminante de un proceso que no es sólo de independencia sino también de integración, acaba la guerra de la independencia de América latina.

Un dato, el general que abandera la batalla de Ayacucho, Sucre, tenía veintinueve años, el general Córdoba, decisivo en el combate, veinticinco, el general Millar, que era un irlandés que pelea para el lado patriota, veintinueve. Los más viejos eran Isidoro Suárez, de treinta y cuatro, y el venezolano Silva, de treinta y dos. Y había una mujer que peleaba con uniforme de capitán de caballería—porque siempre las mujeres están—, Manuela Sáenz, conocida por ser la mujer y la amante de Simón Bolívar. De nuevo, otra anécdota: el rol de la juventud en cualquier proceso de transformación y revolución.

Se gana la batalla de Ayacucho, termina la lucha por la independencia, pero comienza otro doloroso episodio. Esa independencia no logra mantener el concepto de unidad iberoamericana y, a partir de allí, el

Bolívar vencedor, el San Martín vencedor, O`higgins, Morazán y tantos otros son derrotados por las energías disociativas alentadas, fundamentalmente, por el gran poder de ese momento, Inglaterra. Entonces se forman veinte repúblicas en torno a los puertos, ¿por qué? porque se conforma un proyecto que tiene que ver con exportar y con traer; no con integrar, no con construir futuro. Eso que ocurrió lo estamos pagando aún hoy. Hablamos el mismo idioma, pero somos veintitantos países porque fracasamos en ser una gran nación. Esa gran nación necesariamente debe ser iberoamericana; y esa gran nación, ese gran proyecto—del mismo modo que la bandera original de los argentinos—no tiene porque excluir a una España que no repita el error que reprochaba el Inca Yupanqui; que comprenda que la única posibilidad de integración es una integración con equidad y justicia, porque es indudable que, aún hoy, un pueblo que oprime a otro no merece ser libre. Muchas gracias.